

Nuevas viejas masculinidades

Dos libros híbridos cargados de poesía



El escritor y periodista Guillem Martínez (Cerdanyola del Vallès, 1965), reúne en 'Los domingos' una selección de textos publicados durante los últimos años en la revista digital CTXT.

MARC CAELLAS

Me cito para comer con el buen Guillem Martínez. Llega de pasar el fin de semana en Llançà, en casa de unos amigos. Me cuenta que deja Madrid, donde se instaló poco antes de la pandemia, en un piso pagado por CTXT, el medio para el que trabaja. Hablamos de lo deprimente que nos parece Cuba, de las ganas de pasar más tiempo en Italia o de lo complicado de tener vida social a partir de cierta edad siendo soltero. Las parejas te ven como una amenaza (quizás lo eres), y a las mujeres incluso más (posiblemente lo son), dice Guillem. La pregunta es ¿qué tipo de amenaza? Di no a los valores familiares, que diría Giorno. Guillem confía en que su libro *Los domingos* (editorial Anagrama) tenga algunas reseñas porque siente que es un libro importante, aunque al instante confiesa no tener amigos en la prensa catalana, lo cuál hará difícil que se escriba sobre él. Me firma un

ejemplar llamándome “un raro de Barcelona, de los que ya quedan pocos”. Las raras artes. Guillem fuma como un condenado. En dos horas, calculo que se fuma unos diez o doce cigarrillos, la mayoría ni los termina. Dice que le da mucho placer fumar. En lugar de postre, nos metemos un expreso y dos chupitos de Jameson. Guillem me recuerda que la clave de un buen whisky es el agua, y que por ese motivo el whisky Dyc no es del todo malo: el agua de Segovia es de las mejores de España. No sé si creerle. Serán los complejos. Guillem pasó la pandemia en compañía del señor Dewars, sin ninguna resaca, y terminó de perfilar este libro que nos convoca cuyo origen son unos textos publicados en domingo que le permitieron al autor aflojar la soga de ahorcamiento cotidiano que es seguir al pie del cañón la actualidad política en España.

Los domingos es un libro de esos que llamamos, simplificando, inclasificables. Es una colección

de textos seleccionada y editada por Ignacio Echevarría, quién los llama “confidencias filosóficas”. Son también una suerte de biografía afectiva construida en cuadros, una carta de platos sazonados con anécdotas tan tiernas como jugosas, toda una mitografía personal “en la que juegan un importante papel la historia familiar, la tradición republicana y

un libro divertido porque su autor sabe que el humor es algo parecido al sexo

anarquista, cierta estética de la derrota y cierto swing del charneguismo asumidos durante la infancia en Cerdanyola del Vallès”, acota el crítico.

Los domingos es un libro bello, de esa belleza te permite pensar mejor. Guillem sabe que es posi-

ble vivir sin belleza, pero que duele mucho. Guillem sabe que el día que consigues producir belleza es un día para enmarcar porque ese día lograste una verdad mayor que la verdad. Los domingos es un libro político, que explica la pesadilla que fue el comunismo, el del este, y el nuestro, camuflado, en del que sólo sacan prebendas los que están en el partido, la iglesia, la familia. Los domingos es también un libro cachondo, en el que el sexo casi siempre es amoroso, exótico y romántico, ya sea con una jamaicana en una rave o con una natural de la tribu de Cam, con una piel suave como una nube. Los domingos es un libro divertido porque su autor sabe que el humor es algo parecido al sexo, “su fósil más depurado. También se practica mirando a los ojos. Como el sexo, te hace sentir que el otro importa, sorprende y está destinado a negociar la felicidad contigo”.

Son textos poéticos que te atraen desde el primer párrafo. “Ha-

ce poco, a las tantas, me despertó un grito. Era una mujer haciendo el amor. Emitía ese tipo de voz que sólo se produce en el abandono, cuando surge de algún punto de la garganta un tono que nunca jamás se utiliza para otras funciones. No se utiliza para comprar el pan, ni para hablar de política. Tampoco, y he aquí lo importante y fascinante, se utiliza para hablar de metafísica, o de amor, o para concertar un matrimonio. Esa voz es algo, por tanto, esencial. Es decir, es la esencia de algo. Supongo que de la individualidad. Es la voz verdadera de alguien”.